



Patricia Espinosa

La médula del mal

Una historia macabra y conmovedora sobre abuso sexual infantil, narrada sin insinuaciones y que permite reflexionar sobre el ejercicio del mal, presenta en esta novela Luis Seguel Vorpahl. El relato instala provocadoramente la venganza como una opción, si no legítima, al menos comprensible desde el punto de vista de las víctimas, aprisionadas por el dolor y la desesperanza.

Miguel, el protagonista, tiene cerca de treinta años y no ha logrado superar haber sido violado por los sacerdotes del internado donde se educó. La narración se concentra en la infancia y adultez de este personaje: ayer, un niño huérfano, hoy, un paria. El punto de encuentro entre estas dos etapas de su vida es su capacidad de decidir. Porque Miguel, ante la toma de conciencia de su condición de víctima, opta por intervenir en lo vivido, sin medir consecuencias.

Como pocas, esta novela construye un personaje total y absolutamente destruido. Al rechazar las escasas oportunidades de sanación que se le ofrecen, Miguel se niega a construirse una nueva existencia. Su actitud refuerza el daño vivido, la imposibilidad de recuperarse, más aun tomando en cuenta que no habrá justicia que le permita aminorar sus heridas.

Sin apoyo familiar, estudios ni amistades, es decir en la más completa de las soledades, Miguel se convierte en mendigo. Esta línea temática, expuesta con minuciosidad, permite no solo conocer la caída total del personaje, sino también dar cuenta de la indiferencia social, del maltrato que se impone a quienes han sido confinados a vivir de la caridad pública.

Un acierto enorme en esta novela es que el narrador no sea Miguel. Quien cuenta su historia es Roberto, su mejor amigo de la niñez, el cual también fue abusado en el internado. Ambos se reencuentran en la adultez y reconstituyen el pasado. El relato de Roberto se ve matizado por la voz de Miguel adulto y de Miguel cuando era niño. El niño incita al adulto a cobrar venganza y

asesinar a uno de los curas pedófilos que, aunque anciano, continúa con sus perversiones.

La presencia de Miguel cuando niño es un recurso excepcional, ya que representa la inocencia vivida y la actualidad permanente del abuso; a pesar del tiempo transcurrido, nada ha quedado atrás. Esto le otorga al volumen agilidad y permite que se retroalimente el presente a través del pasado, por medio de una memoria y



Divina jauría

Luis Seguel Vorpahl

Lusevo, 2019, 233 páginas.

un dolor del personaje siempre intensificados, punzantes. Casi aplastado por su pasado, Miguel solo encuentra un pequeño alivio en el acto de contar su historia. Narrar se convierte así en una necesidad vital, ya que solo de este modo su testimonio podrá conocerse y evitar que el ciclo de abusos se reitere en otros niños.

Seguel Vorpahl consigue moverse en el terreno afectivo con un tono apasionado para así sumergirnos en la tristeza del personaje, la que no obstante su intensidad se ve intervenida constantemente por una rabia que jamás se diluye. Estas dos características confieren a la narración un temple acerado.

Divina jauría es una novela de tesis o un libro-proclama que exige reflexionar desde la vereda de quienes no tienen los medios ni las oportunidades para testificar y ser creíbles. El autor consigue capturar la médula del mal y del daño de manera implacable, al modo de una biografía a tres voces, orientada a fundir en la trama la vulneración infantil y sus imperecederos efectos.

Los tambores de Doménico Modugno

Luis Seguel Vorpahl. Mago, 2015, 81 páginas.

LUN, 11 de septiembre de 2015

Esta es la tercera producción de Luis Seguel, sureño radicado en Arica, quien ha mostrado como constante en su narrativa la preocupación por la intimidad de sus personajes y los conflictos emocionales. En esta oportunidad, sin embargo, amplía su registro, proponiendo una discusión en torno a las catastróficas condiciones en que se encuentra una parte de la ciudad de Arica. *Los tambores de Doménico Modugno* es una novela sobre un territorio infernal y el proceso de destrucción paulatina que experimentan sus habitantes, convertidos en despojos de un orden social.

En una población conformada por casas miserables otorgadas por el Estado, sus habitantes padecen día a día las consecuencias de una contaminación brutal, convirtiéndolos en condenados a muerte sin esperanza alguna. Este tipo de narrativa social, expresada con crudeza, tiene actualmente muy pocos cultores. En poesía, José Ángel Cuevas parece estar quedándose cada vez más solo, mientras en narrativa Francisco Miranda, Ramón Díaz Eterovic y Diamela Eltit han hecho de la crítica a los poderes, la violencia y la marginación de grandes grupos de la sociedad un eje de sus poéticas. Seguel viene a sumarse a este grupo que insiste en visibilizar los dramas del mundo popular, sometido a una suerte de implacable plan de destrucción.

Un hecho trascendental abre la novela: el accidente de Parrita. Se trata de un suceso trivial, pero central para el volumen. El personaje cae entre dos muros que inmovilizan su cuerpo. Parrita, el borrachito y pastabasero del barrio, cuya canción favorita es una de Doménico Modugno, es un hombre amable y dispuesto a brindar ayuda, cercano desde su infancia al narrador. Será precisamente el narrador quien lo acompañe en este trance, a la espera de auxilio, mientras recuerda su pasado.

Simbólicamente, ambos personajes resumen el dolor de una generación de pobres que fueron niños en la posdictadura noventera y que por su condición de clase han visto traicionadas todas sus expectativas. Tanto el narrador como cada uno de los habitantes de la población están sometidos a un deterioro físico que le anuncia la muerte en cada acto cotidiano. Los personajes son, en realidad, muertos en vida, zombis, que cuando fallecen sólo confirman el ingreso a un escalafón más de la degradación a la que han estado sometidos desde siempre.

El libro despliega una constante crítica a un sistema capaz de generar una biopolítica que naturaliza la muerte de las víctimas y que, además, ha logrado suprimir la rabia y toda resistencia. Únicamente las ancianas aprovechan las esporádicas visitas de los enviados del gobierno para encararlos. Sus hijos, la generación siguiente, no luchan ni responsabilizan: sólo aguantan mientras sus cuerpos, cada vez más enfermos, dejan de ser útiles para el trabajo, la reproducción y el sexo.

Los tambores de Doménico Modugno es un volumen que se interna con efectividad en la derrota y la desesperanza de un conjunto de seres condenados. El contrapunto entre la emotividad y la crítica permite a Luis Seguel elaborar una mirada corrosiva que renueva la relación entre literatura y denuncia, entre novela y desenmascaramiento de la injusticia social.

Crítica Literaria

Por Patricia Espinosa

Las Últimas Noticias. 20 de junio al 25 de julio de 2014

Otoñal

Luis Seguel Vorpahl. Mago, 2014, 57 páginas.

LUN, 20 de junio de 2014

Acudir a la simpleza formal y la austeridad discursiva, concentrándose en el viejo tópico del amor fallido y salir indemne, es una tarea nada de fácil. *Otoñal* lo consigue con naturalidad y serenidad narrativa. Sin el más mínimo apuro, Luis Seguel Vorpahl construye una novela breve, delicada y desbordante de un sentimentalismo apagado, sin estridencias, con un protagonista que va dejando entrever su arraigado discurso sobre el paso del tiempo y lo que significa vivir consagrado a comprobar la pérdida del sentido.

Sánchez es la voz única de esta narración, un personaje huraño, saturado de rutinas, mañas, que parece haber envejecido prematuramente. A sus cincuenta y algo, siente que ha entrado de lleno en la vejez y que ahora sólo le queda deslizarse hasta llegar a ser un jubilado, enclaustrado en sus hábitos de solitario. Trabaja en un banco, tiene ahorros y hace unos veinte años tuvo una corta pero intensa relación amorosa con Beatriz, una mujer casada y con hijos, que optó por su familia, abandonándolo en la plenitud del romance.

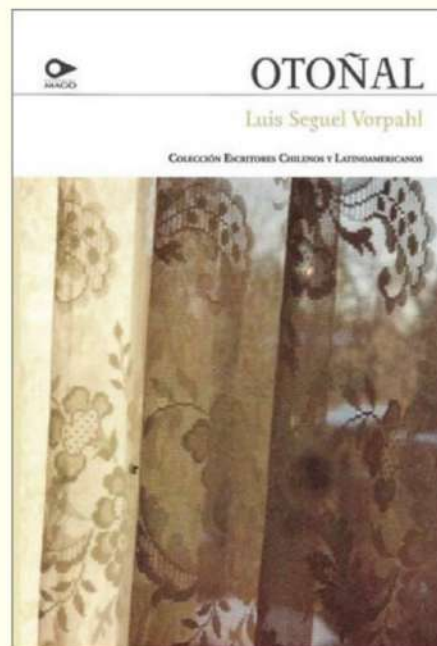
En apariencia es un personaje que ha eliminado cualquier forma de malestar; sin embargo, bajo la artificiosa comodidad, se anida un estado de conmoción permanente. Los recuerdos del amorío se mantienen vívidos, perturbando su presente en demasía. Esa etapa de su pasado se ha convertido, en perspectiva, en su única experiencia de felicidad. Y aun cuando la tristeza se impone al momento de mirar hacia atrás, los hechos acontecidos son encarados sin nostalgia, desvinculando, además, al protagonista de la condición de mártir. Estos dos aspectos de la novela resultan vitales al momento de considerar los méritos y, en especial, las particularidades del personaje central, un tipo en extremo disciplinado en sus emociones, abrumado y al mismo tiempo duro para enfrentar sus debilidades.

De esta forma, el volumen se alza como una suerte de triste elogio del hombre común y sus corrientes y grisáceos avatares. Escarbar en la trivialidad de sus preocupaciones, exponer una reflexión sobre el deseo, las frustraciones y, en definitiva, lo que significa vivir desasido de cualquier esperanza, parece el objetivo central de esta escritura que, de paso, exalta el conformismo y, en especial, la rutina.

El trato que el relato da a la resignación resulta sugerente y provocador, porque el personaje la integra a su larvaria vida de una forma ambigua. Por momentos asume con calma su quietud, para luego girar hacia un tono de rabia y despecho no sólo ante la ausencia de Beatriz, sino hacia quienes, en diversas etapas de la vida, lo maltrataron. Nunca, en todo caso, victimizándose, porque Sánchez, a pesar de ser quitado de bulla, favorablemente no se caracteriza por ser humilde ni cordial. Es orgulloso, desagradable en su sequedad y hasta prepotente en su mutismo, logrando generar antipatías, por ejemplo, con sus compañeros de trabajo.

El fracaso amoroso funciona como el simulado eje de la novela, y es por esta vertiente que la novela se tensiona; sin embargo, a este discurso se sobrepone un nuevo ángulo del personaje. Tironeado por el catolicismo y el existencialismo, Sánchez toma una opción que no lo libera, pero consolida una postura materialista sobre la vida.

Alejada de cualquier rimbombancia, *Otoñal* consigue reivindicar el arte de contar historias, enfatizando la presencia del narrador y poniendo en ejercicio la habilidad de suspender o retardar cualquier salida, en una suerte de melancólica dialéctica negativa, que marca a fuego a este interesante volumen.





Patricia Espinosa

Enfermos de pobres

La enfermedad que desgasta los órganos, la deformidad, la anomalía que se arrastra desde siempre y que discrimina socialmente, los cuerpos enfermos que son atrapados por una máquina de poder que los termina aniquilando: los personajes de esta novela intentan resistir, sobrevivir a un orden que los considera marginales y que los excluye, pero hay algo a lo cual no podrán enfrentarse y eso es la muerte, porque quien ha vivido los embates terribles de la pobreza, llevará marcas en su cuerpo debilitado, carcomido y condenado a la destrucción.

Los muertos también lloran, de Luis Seguel Vorpal, moviliza una narrativa en la que el destino de los más desposeídos parece irreversible, a diferencia de lo que pasa en otras clases sociales que sí tienen la

posibilidad de encontrar un estado de equilibrio o de cierta felicidad. Alejandro y Joaquín son los protagonistas de esta novela, personajes que compartieron el colegio y cuya historia familiar está marcada por el dolor. En su adultez, cada uno vive la soledad a su manera. Alejandro es un mendigo con un tumor en la cabeza y Joaquín un tipo extremadamente alto y desdentado, dueño de una escuálida peluquería de barrio. La narración logra entrar en profundidad en sus sentimientos y modos de vivir, donde lo fundamental es dejarse llevar por lo que la vida les pro-

pone. Son seres pasivos que se ven arrastrados por diferentes contingencias que, solo a veces, aplacan su soledad y pobreza.

La crítica al sistema de salud pública es feroz. Gran parte de la narración ocurre en un hospital ariqueño llamado Juan Noé, escenario terrorífico donde los indigentes son tratados de forma indolente. En este lugar, se juntan una serie de personajes carnalescos, como la portera obesa mórbida, el administrador que vive añorando a su ex amor y un médico con extrañas costumbres sexuales. El hospital es también el sitio que permite que los personajes establezcan relaciones amorosas. Así sucede con

Alejandro, que recupera a su ex esposa, y con Joaquín, que termina emparejado con la portera; el médico, por su parte, lleva a una prostituta para

tener sexo mientras la llama "abuelita". Pero todos estos equilibrios son aparentes, el mal terminará por cubrirlo todo.

El cuerpo en tanto materialidad que se va destruyendo ya no le sirve a la sociedad, porque deja de ser productivo. La historia del proceso que conduce a la desaparición absoluta de estos excedentes del sistema se advierte de manera cruda en esta profunda novela, con ciertos toques de humor negro, donde los sujetos no tienen poder para intervenir en las políticas sanitarias que podrían haberlos curado. La pobreza en su grado más terrible atrapa a estos condenados, cuya única certeza es, en última instancia, que sólo tienen un cuerpo donde se resume la imposibilidad de subvertir años de dolor, de precariedad, volviéndoles imposible remontar el desgaste de sus órganos y acceder a cierta noción de felicidad.



Los muertos también lloran
Luis Seguel Vorpal
MAGO Editores, 2011, 161 páginas.